

Ezequiel Uricoechea y Rufino J. Cuervo

A mediados del siglo pasado era considerada Bogotá como la directora intelectual de la América española. Florecieron en aquella época venturosa los más variados ingenios en todos los ramos de la actividad humana. Y fue admiración de los extraños que en este nido de águilas tan alejado del mar, se encontrara un centro de cultura en nada inferior a los del Viejo Mundo. En la época colonial, con su letargo y tristeza, no fueron estas labores las que en verdad predominaron, pero así y todo, las obras y escritos de entonces son por su novedad e importancia consultadas con provecho. Algunas de ellas, como el nobiliario de Flórez de Ocáriz, son verdaderas obras de benedictinos: lo que parece estar de acuerdo con la vida de entonces, monacal y sencilla. Más tarde, en los albores de la Independencia, cuando vinieron Humboldt, Bompland y otros sabios, se despertó por el estudio verdadero entusiasmo. Y los que entonces surgieron, muchos de entre ellos incluidos en el martirologio de la Patria, son todavía admirados en este siglo de adelanto y cultura.

Después de la Independencia, cuando se regularizó la marcha de la Nación, a los laureles del guerrero se antepusieron los del sabio, de perenne verdor. Se modificó la enseñanza, se fundaron colegios, y de las aulas de donde antaño salieron los padres de la Patria al sacrificio, salieron entonces a libertar también a los hombres de cruel enemigo: la ignorancia.

Pero cuando llegó a su apogeo aquella época, fue, como dijimos, a mediados del siglo pasado. La actividad intelectual de entonces no ha sido superada después, doloroso es confesarlo. A la libertad política, siguió entre nosotros la libertad intelectual; surgieron las obras de carácter nacional, la literatura criolla, no como en otros países de América, donde no han podido des-

prenderse por completo de la influencia de ciertos escritores de Europa.

Con echar una ojeada sobre la historia de aquel tiempo se comprobará la verdad de nuestro aserto: historiadores como Quijano Otero, novelistas como Eugenio Díaz y Marroquín, poetas como Pombo y Failón, políticos y estadistas, e institutores y periodistas.

Larga sería la lista de aquellos hombres que en buena hora honraron a las letras y a la Patria. Entre ellos se destacan los dos cuyos nombres sirven de mote a estas líneas. No pretendemos hacer un parangón entre ellos: tarea es esa superior a nuestras fuerzas y de la cual no saldríamos airoso. Ya la historia ha juzgado sus méritos y la fama «alada pregonera» ha llevado tales nombres más allá de los lindes de la Patria, obteniendo el segundo la consagración definitiva y los honores tributados al sabio; en derredor del primero se ha formado un discreto silencio, como si nuestras democracias miraran despectivamente a los condenados a ceñir sobre la frente el símbolo de sus virtudes y saber. La amistad larga y sincera entre estos dos hombres ilustres será materia para un extenso capítulo: sería necesario historiar aquellas dos existencias fecundas y poseer una pluma mejor tajada que la de los que ya emprendieron con lucimiento esta tarea.

Nacidos en un mismo medio, favorecidos por la suerte con cualidades poco comunes y con el ascendiente de un abuelo patricio; preocupados por unos mismos estudios y con caracteres que hicieron de ellos dos verdaderos hermanos, aquella amistad duró lo que duraron sus vidas. Amistad jamás interrumpida por las comunes nubecillas de la emulación, tan frecuentes en individuos que siguen un mismo camino; muy al contrario, mutua ayuda, recíprocos consejos y confianza, unidas con el talento y el corazón, que es en esta materia el que regula y mide definitivamente.

Separados durante muchos años, esa ausencia sirvió para afianzar la estimación y el cariño. «No dude, Rufino, del placer que me causa, que usted sabe bien cuánto valen para mí amistades como la suya; tan raro es encontrar en el mundo el talento y la aplicación con un poco de corazón.» Prueba de ese cariño y demostración de las labores que ambos emprendieron, son las cartas que de él (Uricoechea) nos quedan. Transcribirlas todas sería materia para un estudio más extenso, sólo nos limitaremos a dar a conocer los principales asuntos que en ellas se tratan, para que se conozcan mejor ciertos detalles que, a más de interesantes, serán para los que más tarde y con mejores aptitudes, emprendan la labor de estudiar a fondo la vida de dos hombres que entusiasmados por las ciencias, merced a sus propios esfuerzos, conquistaron reputación de sabios y dieron a la Patria honra, serán, decimos, de un inmenso valor.

* * *

Fue por medio de Uricoechea, como hizo conocer Cuervo en el Viejo Mundo las «Apuntaciones,» y testimonio de ello son las cartas de Hartzenbusch, Pott y Dozy, incluidas en el prólogo de la obra. Aquellos eminentes filólogos se sorprendieron de que un americano escribiera una obra tan completa en materia en que los mismos peninsulares aún no habían trajinado. Entabla Cuervo con ellos eruditísima correspondencia, causando admiración al autor de *Los Amantes de Teruel* los profundos conocimientos de su joven discípulo, naciendo entre los dos un afecto entrañable, mezcla de la veneración hacia el maestro y de las ciencias que ambos cultivaban. «Va también—dice Uricoechea—(1) carta de Hartzenbusch, que según me dice él mismo, está tulli-

(1) París, 5 de septiembre de 1876.

do y dado al diablo. Ya verá usted por la carta, que la cabeza degenera y que el pobrecito ya no es ni sombra de lo que fue. Así y todo lo quiere a usted mucho y debe usted continuar sus relaciones con él hasta el último momento, que temo no está muy lejano.

Ya más adelante sobre lo mismo: «El objeto es enviarle la del viejito Hartzenbusch, quien me dice: 'me propuse copiarla, (la carta) de mi letra, y la copié en efecto, pero con tantas equivocaciones, efecto de la imposibilidad en que me hallo, de fijar la atención por mucho tiempo en una cosa, que la copia no ha podido servir y he tenido que valerme de mano ajena.' Me parece que no quedará usted descontento, aunque haya tardado tanto tiempo la contestación y no vaya autógrafa.»

Refiriéndose a las *Apuntaciones* cuando salió la segunda edición, le dice: «Si usted piensa que dentro de unos dos meses (desde el 17 de abril) ¿debería usted tener observaciones más, hace bien en pensarlo porque el deseo no me falta, pero no teniendo texto, no puede ser. Ha de tener usted paciencia hasta que llegue el ejemplar. La edición está bastante bien hecha y la mejora en la parte interna en lo poco que vi, de muy buena mano. Lo felicito a usted por todo, pero lo regaño si no me manda siquiera unos veinte ejemplares a París. Dos libreros alemanes me han pedido ya; en Chile ya usted sabrá que es muy buscado su libro»... (1) y poco después le decía: «Quería anunciar su libro de usted (*Apuntaciones*) en el *Mundo Americano*, pero me faltaban materiales para completar la idea del artículo que he trazado; para él, como para algún otro amigo, necesito el cuaderno de Ruiz, que le pido porque quiero de una vez poner de presente el oficio (o maleficio) de la Academia y acabar con la cuestión de

(1) París, 5 de junio de 1876.

si debemos o no tener un cuerpo que investigue y que sancione.

«Eso sí, reforma y muy grande necesita el personal de la Academia, pues la ignorancia es muy general y no sólo deben ser los candidatos buenos poetas y prosadores, sino lingüistas y hombres de ciencia y de estudio *sobre todo*. ¿Qué dice usted?» (1)

Bien pagó Cuervo a Uricoechea la parte modesta que tomó en la obra de que hablamos. La mayor parte de las cartas de éste son consultas sobre lingüística, llenas de pasmosa erudición, que fuera pesado transcribirlas aquí, pero que para los entendidos en la materia habrían de ser motivo de admiración y de enseñanza. El espíritu se contrista y el pesimismo nos invade, cuando al leer esa correspondencia se ve tanto trabajo, tanta gloria en sazón, tanta esperanza, todo desvanecido por una muerte prematura. En el prólogo de la obra, Cuervo demuestra su agradecimiento en el siguiente honroso aparte, asociando el nombre de Uricoechea al del ilustre don Juan Eugenio Hartzenbusch.

«¿Qué amistosa conmemoración cabrá hacer aquí del ilustre bogotano, del incansable investigador científico y literario, que mereció el singular honor de profesar la lengua árabe en una de las principales universidades europeas, del sabio que no halló placer mayor que estimular y encaminar a los estudios, en fin, del amigo sin igual, cuya lealtad y solicitud jamás conocieron límites? Nuestras fuerzas no llegan a nuestros deseos, y ya que no podemos más, siempre nos gloriaremos de que dos nombres tan ilustres autoricen las humildes páginas de este libro» (2).

(1) París, 5 de septiembre de 1876.

(2) *Apuntaciones*, Apéndice al prólogo.

*
**

Por aquel tiempo había empezado Cuervo el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, obra que ha sido calificada como uno de los monumentos lexicográficos más importantes que se hayan escrito en lengua alguna, y que mereció una honrosa proposición en la Conferencia Internacional Americana, reunida en México en 1901. Refiriéndose a ella, le dice Uricoechea:

«Me parece magnífica la idea de usted sobre la gramática histórica, pero antes, mucho antes, denos el Diccionario de Regímenes, que es más, muchísimo más necesario» (1).

Y un año después le dice:

«No puede usted imaginarse lo contento que me puso el *notición* que usted me da de haber vuelto a la antigua querencia. No he dicho nada ni a César (2) por seguir lo mandado, pero retozo de alegría y ya quisiera yo que todos lo supieran para que usted mismo tuviera una obligación moral con la palabra comprometida

«Usted tendrá que leer no pocos sino muchos autores. Los puramente literarios pueden ser pocos, pero tal es el caudal de palabras que falta en nuestro diccionario, especialmente en la parte técnica y científica, que tendrá que apelar a obras de todas clases. Yo lo veo en mi lectura diaria, y proviene esa falta de que en la Academia no hay *un solo hombre* que sepa lo que son artes y ciencia *de visu*: de oídas harán disertaciones magníficas, pero no saben el tecnicismo ni el *modus operandi*. Esa parte se la recomiendo a usted muy especialmente porque falta absolutamente. Mi parecer es que nada mejor puede usted hacer, ni noticia

(1) París, 5 de marzo de 1875.

(2) César C. Guzmán.

mejor me podía dar usted que no deje la pluma un solo instante hasta entregarnos impresos los 6 tomos en folio, letra menuda y cuatro columnas de que constará la obra; unas dos veces más que Littré, o mejor dicho, el doble de Littré» (1).

*
**

«Véngase usted que aquí nos hace falta», le dice Uricoechea desde París en repetidas ocasiones, conocedor por experiencia del medio adverso en que luchaba Cuervo. En Colombia, la política agitada de entonces, quebrantando la seguridad social, tenía los ánimos en suspenso y las miradas fijas en próximas catástrofes. «Cuénteme las cosas políticas que me interesa saberlas por conducto de usted. No creo ni a los unos ni a los otros—in toto—y necesito la opinión del que ve los toros desde la barrera, expuesto eso sí a alguna salida del becerro, y a muchos codazos y empujones de los coasistentes. ¿Quién se escapa de las garras de nuestros políticos-ladrones?» (2) El mismo señor Cuervo no se escapó de ellas ni de un empréstito de cien pesos. Ninguno menos adecuado para las luchas de la política para resistir las agresiones de los adversarios y las intrigas de los copartidarios que el carácter de Uricoechea hecho para la lucha en el campo sereno y dilatado del estudio. Ya, en 1867, había sido nombrado por el General Mosquera Director de Instrucción Pública, pero que no queriendo presenciar los acontecimientos que debían desarrollarse después del golpe del 23 de mayo, abandonó el país.

En Europa sigue Uricoechea publicando los volúmenes de la «Colección lingüística americana» y muchos otros que por causa de su muerte quedaron inéditos; entre ellos dos de que no teníamos noticia hasta aho-

(1) París, 5 de septiembre de 1876.

(2) París, 5 de marzo de 1876.

ra que el siguiente párrafo de una carta nos lo demuestra: «Necesito para mis apuntes sobre el *Diccionario biográfico americano* que desde 1855 estoy haciendo... parece mentira que usted me dé la fecha exacta de su nacimiento» (1), y más adelante:

«Para las lenguas americanas, aguardo que ustedes, y digo el plural porque lo he pedido a todos los apóstoles del saber, me manden el vocabulario y gramática de la lengua de los tunebos, para publicar también en mi 4.º tomo.

«Si eso se lleva a cabo, allá saldrá mi tratado de mineralogía en castellano—que es la niña de mis ojos por ser de los primeros partos, tal vez—pero que urge publicar para desterrar la maldita nomenclatura francesa; ya recordará usted que de eso hablamos por cartas, y por último el diccionario de voces de historia natural. A todo doy de vez en cuando un vistazo, pero por ahora no puedo salir de mi traducción» (2).

Los últimos años de su permanencia en Europa y últimos también de su vida, fueron los de más ingente saber intelectual y los que más honraron su nombre, como que fue entonces cuando recibió la más alta distinción a que pudiera aspirar; ser el primer hispano-americano, profesor en una universidad europea y no como quiera, sino profesor de árabe, cátedra ganada por oposición entre los más célebres orientalistas de Europa, distinción tanto más meritoria cuanto que él, como Cuervo, llegaron a poseer tan difícil lengua sin acudir a maestro. Y aquella actividad intelectual abarcaba materias muy diversas y aun opuestas, desde dibujar un mapa de América en proyección cilíndrica transversa, la más propia para levantar el mapa general del continente, dar y recibir clases y estudiar gramática con el inolvidable César C. Cuzmán.

(1) Bruselas, 2 de mayo de 1879.

(2) París, 5 de mayo de 1879.

«Además de Guzmán—dice— tengo hoy en París a mi primer maestro de química en la escuela de los Estados Unidos, que ha venido a curarse viajando, de una dispepsia terrible; ahora mismo está en mi cuarto y pasamos todos juntos lo más del tiempo en sabrosa charla. Sólo usted nos hace falta... y unos pocos cuartos para pasar la vida regalada de un amante de libros y estudioso aficionado» (1).

«Asisto también a unas lecciones orales sobre mineralogía microscópica,—ramo nuevo de la ciencia—que son sumamente interesantes. Usted me dirá como yo a mí mismo: ¿y todo esto para qué? No lo sé, para matar el tiempo y para apagar de algún modo esa sed de aprender, de que no soy capaz de desprenderme y que tan caro me cuesta» (2).

* * *

«En 1878—dice Lleras Codazzi—(3) organizó el Gobierno belga un concurso entre los más célebres orientalistas para la cátedra de árabe en la Universidad de Bruselas. Tuvo Ezequiel Uricoechea el insigne honor de ser llamado por el Rey a regentarla. Publicó entonces su *Gramática Árabe de Caspari*, que sirve hoy de texto para la enseñanza del árabe en las universidades de los países donde se habla francés.»

Oigamos cómo refiere a Cuervo los trabajos que tuvo que vencer y la organización de las clases:

«Cuanto a discípulos, comenzó la clase con unos cuarenta, pero cuando yo adopté el sistema de repetición—clase a estilo nuestro—y no el de simples lecturas, los estudiantes que no querían trabajar sino venir a que yo les soplase el árabe por arte de insuflac-

(1) París, 5 de marzo de 1876.

(2) París, 5 de junio de 1877.

(3) Ricardo Lleras Codazzi. Biografía de Ezequiel Uricoechea. *Revista del Colegio del Rosario* número 42.

ción (como lo hacen aquí los profesores) me fueron abandonando y hemos quedado reducidos a seis, que son la «crème de la crème» de cuantos discípulos puede haber. Dos abogados, un capitán del genio, un bibliotecario, un comerciante que se ha aprendido todas las lenguas de Europa él solo, sin maestro, joven extraordinario y que pienso nombrar de reemplazante durante mi viaje a Oriente, y un estudiante de filosofía, tardío como de raza flamenca, pero magnífico estudiante. Estamos 'en famille' ellos muy contentos según dicen ellos, a otros de fuera y yo, ya puede usted imaginarse. No puede usted imaginar la sorpresa de los estudiantes al oír la primera frase de árabe conversada. A los dos meses principiamos la traducción de *Las mil una noches* y traducidã la primera página, comencé a preguntarles:—Dígame usted el nombre del cuento—¿quién era el Califa?—¿qué hacía fulano? etc. Eso de oír por primera vez una frase de árabe y *comprender algo* al cabo de dos meses y pico, les hizo abrir tamaños ojos y sonreír con aquella sonrisa de satisfacción que no pudieron ocultar. A mí me falta mucho por aprender, pero hoy sí creo que no dejaré el nombre colombiano mal plantado. De los rivales al puesto ninguno ha chistado y hasta ahora no he tenido la mayor molestia, al contrario, las muestras del mayor afecto y respeto por parte de todos aquellos con quienes tengo que rozarme». (1).

... «Por lo pronto no hay más monstruo que me quiera devorar que la fatiga; el árabe se reserva para un 'coup de theatre', pues hasta ahora no resuella. Sí, Rufino, estoy cansado de tanto trabajar y los ojos me duelen más que de costumbre. No es que me disgusté o fatigüe el trabajar, pero eso de estar atareado porque es tarea, no se puede soportar. La primera mi-

(1) Bruselas, 16 de marzo de 1879.

tad del tomo tenía que darla antes de abrir la clase; en época fija, en octubre, que se prolongó hasta el 1.º de noviembre; la segunda mitad tengo que acabarla antes de mediados de mayo, *forzosamente*, pues el 5 de junio, Deo volente, tengo que emprender viaje para Siria. Esa es mi vida, trabajar con el reloj en la mano cuando es la cabeza la que tiene que ejercitarse. 'Si de ésta escapo y no muero'... de seguro no vuelvo a emprender obra de encargo con plazo fijo. Añada a todo lo dicho, que estoy haciendo copiar aquel mi texto de árabe vulgar, 780 páginas, para la revisión ayudado por un buen escribiente en Siria, y que de la *Crestomatia árabe* ya van 60 páginas de texto con el correspondiente vocabulario ya escrito» (1).

En Colombia fue recibida con especial regocijo la noticia del honor conferido a Uricoechea, y don Miguel A. Caro se expresó de la siguiente manera en un periódico de esa época: «*Honor para Colombia*.—El señor Ezequiel Uricoechea, hijo de esta ciudad de Bogotá, ha sido nombrado profesor de árabe en la Universidad de Bruselas. Preparábase a inaugurar el curso el 20 de octubre.

«Quien sepa lo que es una universidad como la de Bruselas, entiende lo que vale allá el profesorado y reconocerá que la elección que ha recaído en nuestro ilustrado paisano redundan en alto honor para Colombia.

«Reciba el señor Uricoechea en los plácemes de un amigo y paisano, la felicitación que le envía la patria regocijada» (2).

Y en última carta, en vísperas de partir para Oriente, dice:

«Sí, amigo mío, salí de la impresión de la gramática árabe, ¡qué descanso! Días había de diez y seis.

(1) Bruselas, 3 de abril de 1880.

(2) *El Zipa*, número 17. Noviembre 2 de 1878.

horas de trabajo, dos de lección, y para completar las veinticuatro, seis horas de insomnio! ¡No saben los señores lectores lo que cuesta de trabajo un libro que no sea novela! Encima de mi mesa está su ejemplar de usted, aguardando que acabe estas líneas para poner en él mi firma y enviarle como decía el poeta árabe Abd-el rahman:

«Una parte de mi alma
a otra parte que allí habita.»

«No está mal empastado, pero talvez abusó algo el empastador de la recomendación de 'serio,' que fue como le calificué el estilo. En fin, no está como debería ni como lo merece quien lo va a recibir, pero tampoco está mal. Hablo del forro, del alma (a estilo de sastre), usted me dirá qué le parece, pues hecho para aprender, voy a ver si logra su objeto con usted, que así sí tendré derecho a decir que ha servido de algo. Yo mismo lo llevaré a París y se lo daré a Roger para que lo envíe cuando haya ocasión.»

La *Gaceta Internacional de Bruselas*, un periódico belga, se expresaba así respecto del libro:

«La prensa belga se ocupa con elogio del señor E. Uricoechea, encargado de la cátedra de árabe en la Universidad libre de Bruselas, por la esperada publicación de su gramática árabe. No existe ninguna para los franceses. Este libro facilitará los estudios a los alumnos y a los amantes de este idioma, que frecuentan la cátedra del muy inteligente y muy estudioso señor Uricoechea. Es insigne honra para la América española.»

Y en la misma carta se despide en los siguientes términos:

«Entre mañana y pasado compondré los dos baúles y llenaré hasta donde pueda la bolsa. En viernes salgo de aquí, me estaré en París dos días en corre-

rías para poder llegar a Marsella el miércoles después y ponerme a bordo el jueves a las 10 de la mañana, pues a medio día, si Dios quiere, saldremos a sufrir mares. De ahí voy a Alejandría por unas pocas horas, y luégo directamente a Beyrouth. Allí consulto con los conocidos y dos días después tomo la diligencia para Damasco. En esa ciudad pienso arrendar una casita y tomar cocinera, criado y . . . si fuera posible una maestra de árabe, que el maestro con quien pienso consultar aquella mi gramática de árabe vulgar, que le mostré a usted, ya lo encontraré en la calle. Si logro instalarme así, en familia, me quedo allí todo el tiempo, menos un mes que iré a vivir con alguna tribu en el desierto. Voilà mon plan. . . . Por ahí en febrero volveré, si vuelvo.»

Así se despedía del amigo incomparable. Henchido el corazón de esperanzas, cuando más le sonreía la fortuna, en mitad del camino se truncó su preciosa existencia. Al llegar a Damasco le atacó una enfermedad que los médicos no pudieron dominar. Lleváronle al Monte Líbano, donde se agravó, y trasladado luégo a Beyrouth, murió allí el 28 de julio de 1880.

Consagró su vida a la ciencia y al estudio y dio a su patria días de gloria; ingrata ha sido hasta hoy ella para con su memoria, pero astro de primera magnitud, brilla con luz propia entre los hijos más preclaros de la República.

ALVARO DE URICOECHEA

Marzo de 1917.